

PRÓLOGO

Las voces de los dos hombres se propagaban por los túneles con una reverberación que las tornaba indistinguibles. Aun así, se podía inferir que aquello era una reunión de negocios. Y lo era, de alguna manera.

Un asesino recibía órdenes de su cliente, quien —según creía el delincuente— se creaba dificultades sin necesidad; así solía actuar esa clase de cliente.

Siempre sucedía lo mismo: querían ocultar su identidad y se presentaban tan enmascarados o envueltos en sus capotes que apenas era posible oír sus instrucciones. No querían ser vistos con esa compañía, lo cual los inducía a concertar citas en páramos abominables o en lugares como aquel sótano maloliente. Estaban nerviosos porque llevaban consigo el dinero para pagar el adelanto; podían apuñalarlos y huir con el botín.

No comprendían que un asesino respetable como él debía ser confiable. De eso dependía su carrera. Si bien le había demandado tiempo, *Sicarius* —el seudónimo en latín que él mismo había elegido— estaba logrando fama gracias a su excelencia. El mote, que podía traducirse como «asesino», indicaba que era posible librarse fácilmente de un adversario político, una esposa o un acreedor sin que pudiera probarse la culpabilidad del interesado.

Los clientes satisfechos, aun cuando simulaban hacerlo en broma, lo recomendaban a otras personas afligidas: «Podrías utilizar al hombre al que llaman Sicarius. Él resuelve problemas similares al vuestro», decían. Y si los presionaban para obtener más información, agregaban: «Yo no lo sé, por supuesto, pero según los rumores se lo puede encontrar en The Bear, en Southwark». O en Fillola, en Roma. O en La Boule, en París. O en cualquier taberna de la zona donde ejerciera su oficio durante cierta temporada.

Aquel mes, en Oxford, en un sótano que un largo túnel comunicaba con la bóveda subterránea de una posada, un sirviente enmascarado y encapuchado —en realidad, sin ninguna necesidad— lo había llevado hasta allí y lo había conducido hacia un rincón donde se veía una suntuosa cortina de terciopelo rojo —detrás de la cual se escondía el cliente—, que contrastaba claramente con el moho de las paredes y el fango bajo los pies. «Maldición», pensó. Sus botas quedarían arruinadas.

—¿Será una... tarea difícil para usted? —preguntó la cortina. La voz que salía de ella había dado instrucciones muy específicas.

—Las circunstancias son poco comunes, señoría —dijo el asesino. Siempre utilizaba la palabra «señoría» cuando se dirigía a sus clientes—. No me agrada dejar evidencias, pero si eso es lo que pedís...

—Así es, pero me refería a la dificultad espiritual —dijo la cortina—. ¿Pesará esto en vuestra conciencia? ¿Teméis que vuestra alma sea condenada?

Habían llegado a ese punto, al momento en que los clientes ponían distancia entre su moral y la del asesino. Él era el sucio canalla de humilde cuna que empuñaba el cuchillo. Y ellos, tan solo los canallas ricos que le encargaban que lo hiciera.

Sicarius habría podido responder:

—Es una manera de ganarse la vida, y con holgura. Aunque sea reprobable, es mejor que morir de hambre.

O bien:

—No tengo conciencia. Tengo reglas, a las que me atengo.

E incluso:

—¿Teméis que vuestra alma sea condenada?

Pero ellos pagaban por su pizca de superioridad, de modo que él desistía.

—Mi señor: nobles o plebeyos, papas, campesinos, reyes, sirvientes, damas, niños; a todos los despacho —dijo en cambio, alegremente—. Y por el mismo precio: setenta y cinco marcos por adelantado y cien cuando el trabajo está hecho.

Mantener la misma tarifa era parte de su éxito.

—¿Niños? —preguntó la cortina, impresionada.

Oh, por supuesto, niños. Los niños heredaban. Eran un obstáculo para el padrastro, la tía, el hermano o el primo, que tomarían posesión de su patrimonio en cuanto la criaturita les dejara el camino libre. Los niños eran la fuente de ingresos más segura. Aunque despacharlos era más difícil de lo que parecía.

—¿Deseáis repasar las instrucciones una vez más, señoría? —dijo simplemente el asesino.

Debía hacer que el cliente hablara, descubrir quién era, previendo la posibilidad de que tratara de eludir el pago final. Era preciso eliminar a aquellos que no cumplían el acuerdo, es decir, rastrearlos y procurarles una muerte que fuera ingeniosamente dolorosa y sirviera de advertencia a futuros clientes.

Detrás de la cortina, la voz repitió lo que ya había dicho. Debía hacerse en tal fecha, en tal lugar, de tal manera, dejar esto y llevarse lo otro...

Ellos siempre querían precisión, pensó, aburrido, el asesino: hacedlo de esta o aquella manera. Como si matar fuera una ciencia en lugar de ser un arte. Sin embargo, en esa ocasión el cliente había planeado el asesinato con extraordinario detalle y conocía de cerca los movimientos de su víctima. Solo se trataba de obedecer.

Por lo tanto, Sicarius escuchó atentamente, aunque no las instrucciones —las había memorizado al oírlas por primera vez—, sino el timbre de voz del cliente. Prestó atención a los modismos que luego podría reconocer, esperó oír una tos o un tartamudeo que más tarde pudiera identificar a su interlocutor en medio de una multitud.

Mientras escuchaba, miraba a su alrededor. Nada digno de atención había en el sirviente, de pie en las sombras, cuidadosamente envuelto en una capa vulgar, con la mano temblorosa en la empuñadura de una espada que llevaba en el cinto. Al advertirlo, el delincuente se compadeció de él: habría podido morir veinte veces antes de desenvainarla. Un custodio lamentable, pero tal vez era la única criatura en la cual el cliente confiaba.

La ubicación del sótano le dijo algo al asesino. El cliente había demostrado astucia al elegirlo. Tenía tres salidas; una de ellas era el largo túnel a través del cual había sido guiado desde la posada. Las otras dos podían conducir a cualquier lugar, tal vez al castillo, o al río, según le indicaba su olfato. Solo sabía con certeza que se encontraban en algún lugar de los túneles subterráneos de Oxford. Y los túneles —tenía razones para saberlo, había descubierto algunos— eran extensos y tortuosos.

Por supuesto, habían sido construidos durante la guerra entre Esteban y Matilda. El asesino, inquieto, pensó en los túneles que literalmente habían socavado Inglaterra durante los trece años de aquella desafortunada y sangrienta pelea. Oxford, la joya estratégica que custodiaba las principales rutas —las que iban de norte a sur y de este a oeste, y por allí cruzaban el Támesis—, había sufrido sobremanera. Sitiada más de una vez, sus habitantes habían cavado como topos para entrar y salir de ella. La ciudad podía derrumbarse en cualquier momento a causa de los agujeros que habían abierto en sus cimientos.

«Oxford. Una ciudad que apoyó mayoritariamente al rey Esteban, es decir, al bando equivocado», pensó. Habían transcurrido veinte años y los perdedores aún expresaban su rencor contra el hijo de Matilda, Enrique Plantagenet, finalmente victorioso y convertido en rey.

El asesino había obtenido gran cantidad de información durante el tiempo que había pasado en el lugar —siempre era bueno saber quién se encontraba en posición ventajosa, y con respecto a quién— y le parecía posible que su cliente se contara entre aquellos que seguían resentidos a causa de la guerra y que, en consecuencia, el encargo fuera político.

En ese caso, podía ser peligroso. Codicia, lujuria, venganza: esos motivos eran indiferentes para él. Pero los clientes políticos habitualmente ocupaban una posición muy encumbrada, y tenían tendencia a ocultar su participación contratando a otro asesino para matar al primero, es decir, a él. Algo siempre tedioso, que solo producía más derramamiento de sangre, aunque nunca la suya.

Bien. El cliente oculto se había movido, y por un segundo, no más, la punta de una bota había quedado a la vista debajo de la cortina. Una bota de fino cuero de gamuza, similar a la suya, y nueva. Tal vez fabricada poco tiempo antes en Oxford, al igual que la suya. Era ineludible hacer un recorrido para visitar a los fabricantes de botas de la zona.

- ¿Estamos de acuerdo? —preguntó la cortina.
- Estamos de acuerdo, mi señor.
- ¿Habéis dicho setenta y cinco marcos?

—En oro, si sois tan amable, mi señor —dijo el asesino, con su tono alegre—. Y lo mismo vale para los otros cien, cuando el trabajo se haya terminado.

—Muy bien—dijo el cliente, y ordenó a su criado que entregara la bolsa con el dinero.

Y al hacerlo cometió un error que pasó inadvertido tanto para él como para su sirviente, pero constituyó un dato útil para el asesino:

—Entregad la bolsa al señor Sicarius, hijo mío —dijo.

El tintineo del oro mientras la bolsa cambiaba de manos le causó al asesino casi tanta satisfacción como el hecho de saber cuál era la ocupación de su cliente.

Y le sorprendió.

Capítulo 1

La mujer que estaba en la cama había perdido la capacidad de gritar. Salvo por el golpeteo de sus pies y los puñetazos en las sábanas, sus giros eran silenciosos, parecían una representación mímica de la agonía.

Las tres monjas arrodilladas a su alrededor también parecían estar remedando un rezo. Sus bocas se movían sin emitir sonidos, porque cualquier ruido, aun el rumor de una oración susurrada, provocaba en la paciente una nueva convulsión. Tenían los ojos cerrados para no verla sufrir. Solo la mujer que permanecía al pie de la cama la observaba, impávida.

En los tapices que se veían en las paredes, Adán y Eva brincaban inocentes y saludables entre la flora y la fauna del Jardín del Edén, mientras la serpiente, en un árbol, y

Dios, en una nube, los contemplaban con gesto afable. La habitación era circular. Su belleza se mofaba del horrendo aspecto de su moradora: de su cabello, antes rubio y ahora oscuro, desgredado y sudoroso; de las venas fibrosas en el cuello, alguna vez blanco; de los labios estirados en una horrible sonrisa.

Todo lo que era posible hacer ya se había hecho. Las velas y el incienso ardiendo iluminaban una habitación donde las rejas y los postigos permanecían firmemente cerrados para evitar que hicieran ruido.

La madre Edyve había despojado de sus reliquias a Godstow, su convento, para que los santos ayudaran a la mujer que padecía. Muy anciana para ir en persona, había dado instrucciones a la hermana Havis, la priora de Godstow, que había acudido en su nombre. De acuerdo con esas instrucciones, la tibia de santa Escolástica había sido amarrada al brazo que se sacudía; del frasco que contenía la leche de santa María se habían echado unas gotas sobre la cabeza enferma, y en su mano habían depositado una astilla de la Santa Cruz, que un espasmo había arrojado al otro lado de la habitación.

Con cuidado, para no hacer ruido, la priora Havis se levantó y salió de la alcoba. La mujer que había permanecido al pie de la cama la siguió.

—¿Adónde vais?

—A buscar al padre Pol. He pedido que venga, está esperando en la cocina.

—No.

La priora Havis había dado prueba de que era una cristiana estricta, pero bien nacida; había sido paciente con

la enferma. No obstante, el ama de llaves le provocaba escalofríos.

— Ya es hora, Dakers. Debe recibir la extremaunción.

— Os mataré. Ella no va a morir. Mataré al cura si sube la escalera.

Esas palabras fueron pronunciadas sin énfasis, sin emoción evidente, pero la priora creía que aquella mujer era capaz de cumplirlas. Todos los sirvientes de la casa ya habían huido por temor a lo que ella era capaz de hacer si su ama no lograba sobrevivir.

— Dakers, Dakers — dijo la priora, atenta a la regla de que al hablar con un loco siempre había que pronunciar su nombre, para recordarle quién era —, no podemos negar el consuelo que brinda el rito del santo viático a un alma que está pronta a comenzar su viaje. Mira — indicó mientras agarraba el brazo del ama de llaves para hacerla girar de modo tal que las dos mujeres miraron hacia la habitación. A causa de sus murmullos, el cuerpo tendido en la cama se había arqueado otra vez, formando un atormentado puente. Solo los talones y la coronilla seguían apoyados en el lecho—. Ningún cuerpo humano puede tolerar ese sufrimiento. Ella se está muriendo — afirmó la priora Havis, y comenzó a bajar la escalera.

Al oír pasos que la seguían, la religiosa se aferró al pasamano, contemplando la posibilidad de que la empujaran desde atrás. Se sintió aliviada al llegar a la planta baja y salir al aire claro y frío para ir hacia la cocina, que había copiado el diseño de sus chimeneas de la cocina de la

abadía de Fontevrault, una especie de faro cónico gigante situado a pocas yardas de la torre.

La llama de uno de los hogares constituía la única iluminación del lugar. Sus reflejos rojos ondulaban sobre las sábanas que, colgadas de ganchos habitualmente reservados para hierbas o lonchas de tocino, se secaban cerca del fuego.

El padre Pol, un hombre pequeño y apocado, en especial esa noche, estaba acurrucado en un banco, acunando a un gordo gato negro, como si en aquel lugar esa compañía le sirviera de consuelo. Su mirada se dirigió a la priora y luego giró inquisitivamente hacia la figura del ama de llaves.

—Ya estamos en condiciones de recibirlos, padre —dijo la priora.

El sacerdote asintió con alivio. Se puso de pie, dejó cuidadosamente al gato en el banco, le dio una última palmada, tomó el recipiente con los sagrados óleos que tenía a sus pies y salió presuroso. La priora Havis esperó un momento; tal vez el ama de llaves se decidiera a acompañarlos. Después de comprobar que no lo haría, siguió al padre Pol.

En cuanto se encontró a solas, Dakers miró el fuego. El obispo había estado allí dos días antes. Al igual que las chucherías del convento, la bendición que había dado a su ama de nada había servido. El dios cristiano había fracasado.

«Muy bien», se dijo el ama de llaves, y comenzó a moverse bruscamente. Ya en su territorio, una minúscula habitación contigua a la cocina, sacó unos objetos del ar-

mario. Regresó a la cocina murmurando. Sobre la tabla de picar colocó un libro que tenía un cerrojo y las cubiertas forradas con cuero. Allí puso un cristal poliédrico cuyas caras, a la luz de las llamas, emitían pequeños destellos verdes que titilaban en la oscuridad de la cocina. Encendió, una por una, siete velas. Hizo que la cera de cada una de ellas chorreara sobre la tabla de picar para luego fijarlas, formando un círculo alrededor del libro y el cristal. La intensidad de la luz era similar a la que emitían las velas de la alcoba, aunque el olor era menos agradable porque no estaban hechas con cera de abeja.

De un soporte de hierro colocado sobre el fuego, pendía un caldero que el ama de llaves mantenía siempre lleno de agua hirviente; la necesitaba para lavar las sábanas de la enferma. Dakers se inclinó sobre él para asegurarse de que burbujeara. Miró a su alrededor buscando la tapa —un gran círculo de madera con muchos orificios y un asa de hierro arqueada en el centro—, la encontró y la depositó cuidadosamente en el suelo, a sus pies. De los utensilios de hierro que se encontraban junto al hogar —el receptáculo para la leña, los asadores, etcétera— eligió un gran atizador y también lo dejó en el suelo, junto a la tapa.

—Igzy-bidzy —murmuró—, sishnu shishnu, adonymanooey, eelam-peelam...

Los ignorantes habrían podido creer que repetía una de aquellas rimas que los niños recitaban al saltar la cuerda. Otros habrían reconocido las versiones, deliberadamente distorsionadas, de los sagrados nombres de Dios utilizados por distintas religiones.

Esquivando las sábanas, la señora Dakers se dirigió al lugar donde se había sentado el padre Pol. Levantó el gato y, al igual que él, lo acunó y lo acarició. Era un buen gato, famoso cazador de ratones, el único al que ella permitía entrar en la cocina. Mientras lo llevaba hacia el hogar, lo acarició por última vez con una mano, y con la otra tomó la tapa del caldero.

Sin dejar de murmurar, lo echó en el agua hirviente, rápidamente colocó la tapa en su lugar y presionó hacia abajo. Deslizó el atizador a través del asa para que sobresaliera de los bordes. Durante unos segundos la tapa golpeó contra el atizador y un chillido atravesó sus orificios. La señora Dakers se arrodilló junto al hogar y encomendó el sacrificio al Amo.

Si Dios había fracasado, era hora de elevar peticiones al Demonio.

A unas ochenta millas de allí —siguiendo una línea recta hacia el este—, Vesuvia Adelia Rachel Ortese Aguilar asistía un parto por primera vez. O, al menos, trataba de hacerlo.

—Empuja —dijo servicialmente la hermana mayor del niño por nacer, situada a un costado.

—No le digas eso —dijo Adelia en la lengua de East Anglia—. No puede empujar hasta que llegue el momento.

En aquella fase la pobre mujer tenía escaso control sobre el asunto, se dijo la comadrona.

«Y tampoco lo tengo yo. No sé qué hacer», reconoció para sí Adelia, desesperada.

El parto no iba bien. Se había prolongado hasta el punto en que la madre, una mujer de los pantanos que lo toleraba sin una queja, estaba exhausta.

Fuera, sentado en la hierba, custodiado por el perro de Adelia, Mansur entonaba canciones infantiles de su tierra natal para entretener a los otros niños, todos ellos nacidos sin complicaciones con la ayuda de una vecina y un cuchillo para cortar el pan. Y el hecho de que en aquel momento Adelia no disfrutara de su voz, o de aquella ocasión singular —el angelical registro de soprano de un casi castrato (le habían privado de la posibilidad de procrear, pero no de mantener relaciones sexuales) propagaba por el pantano inglés escalas menores en árabe—, permitía medir su desesperación. Solo podía maravillarse por la resistencia de la mujer que sufría en la cama y, aun así, lograba decir, jadeante: «Estoy bien».

El esposo ocultaba su preocupación por su mujer, y permanecía impassible en el sótano de la choza, junto a su vaca. A través de la escalera de madera, su voz llegaba hasta el nivel superior —una parte del espacio se utilizaba como vivienda y otra, para almacenar heno—, donde la mujer se esforzaba por dar a luz.

—Ella nunca estaba tan agitada cuando la señora Baines los traía al mundo —dijo, y le oyeron.

«Felicidades a la buena señora Baines», pensó Adelia. Esos bebés habían nacido sin problemas, pero habían sido demasiados. Más tarde tendría que explicarle al señor Reed

que su esposa había dado a luz a nueve hijos en doce años, y si bien este no le había causado la muerte, uno más podía hacerlo.

Sin embargo, no era el momento oportuno para hacerle tales consideraciones. Era necesario conservar la confianza, en especial, por parte de la parturienta, por lo cual gritó alegremente:

—Debes agradecer que yo esté aquí ahora, chico. Tú solo ocúpate de mantener el agua hirviendo.

Adelia era una anatomista y, por añadidura, extranjera. Su especialidad, los cadáveres. Pensó que el señor Reed tenía razones para preocuparse. Si hubiera sabido que su experiencia en materia de partos — con excepción del propio — era prácticamente nula, se habría puesto frenético.

La desconocida señora Baines habría sabido qué hacer, y también Gyltha, la amiga de Adelia y niñera de su hija. Pero las dos mujeres, cada una por su lado, habían decidido visitar la feria de Cambridge. Estarían de regreso en un par de días. Su partida había coincidido con el inicio del parto de la señora Reed. En aquella región aislada y pantanosa Adelia era la única persona reconocida por sus conocimientos médicos, por lo cual la habían llamado para ocuparse de la emergencia.

Si la mujer que estaba en el lecho se hubiera roto los huesos o hubiera contraído cualquier tipo de enfermedad, en efecto, Adelia la habría auxiliado, porque era médica, no solo una persona que utilizaba sabiamente las hierbas y poseía el conocimiento práctico transmitido de una mu-

jer a otra a lo largo de generaciones. Tampoco era — como tantos hombres que presumían de médicos— una charlatana que engatusaba a los pacientes con medicamentos repulsivos que costaban mucho dinero. No, Adelia se había graduado en la magnífica, liberal, progresista e internacionalmente admirada Escuela de Medicina de Salerno, que desafiaba a la Iglesia aceptando entre sus estudiantes a las mujeres que demostraran poseer inteligencia suficiente.

Los profesores habían descubierto que Adelia se equiparaba o incluso superaba al más inteligente de los estudiantes varones. Le habían proporcionado una educación habitualmente destinada a los hombres, que ella más tarde había completado trabajando con su padrastro judío, especializado en autopsias.

En consecuencia, había recibido una educación singular que no le servía en aquel momento, porque, dando muestra de su sabiduría —sabía era, en efecto—, la Escuela de Medicina había considerado que era mejor dejar que las comadronas se ocuparan de los partos. Adelia habría sabido curar al bebé de la señora Reed. Si hubiera muerto, habría podido realizar una autopsia y habría revelado el motivo de su muerte, pero no sabía traerlo al mundo.

Entregó a la hija de la mujer el recipiente con agua y la sábana, cruzó la habitación y levantó a su propio bebé, que estaba en su cesta de mimbre. Se sentó en un fardo de heno, desató los lazos de su vestido y comenzó a amamantarlo.

Con respecto al acto de amamantar —y con respecto a casi todas las cosas— Adelia tenía una teoría. Debía ir acompañado de serenidad y pensamientos alegres. Habi-

tualmente, cuando daba de comer al bebé, se sentaba en la entrada de la pequeña casa con techo de paja donde vivía, en Waterbeach, y dejaba que sus ojos y su mente vagaran por los pantanos del Cam. Al principio esa verde llanura no había resultado favorecida en la comparación con el recuerdo del paisaje del Mediterráneo, donde había nacido, con su relieve accidentado recortado en un mar turquesa. Pero la llanura también poseía su belleza, y poco a poco había aprendido a apreciar los inmensos cielos que coronaban aquella infinita espesura de sauces y alisos a la cual los nativos del lugar llamaban pantano, y la riqueza de la vida salvaje que abundaba en los ríos ocultos.

—¿Montañas? —había dicho Gyltha en una ocasión—. No me entiendo con las montañas.

Por otra parte, aquella era ahora la tierra natal de la niña que tenía en sus brazos, y eso la convertía en un lugar infinitamente amado. Pero aquel día Adelia no se atrevía a permitir que sus ojos o su pensamiento vagaran libremente, para bien de su hija. Debía salvar a otro niño y se maldeciría si él, o su madre, morían a causa de su ignorancia. Disculpándose silenciosamente con el pequeño ser que tenía en brazos, se dedicó a recordar las imágenes de ciertos cadáveres que había diseccionado: los de mujeres que habían muerto antes de parir a sus hijos.

Eran verdaderamente penosos. Pero cuando yacían sobre la mesa de mármol de la gran sala de autopsias de Salerno había aprendido a no sentir compasión por ellos, al igual que le ocurría con cualquier otro muerto, para prestarles mejor servicio. En el arte de la disección no ha-

bía lugar para la emoción, tan solo para el razonamiento claro, experto, inquisitivo.

En aquel momento, en una choza pequeña y pajiza, en el confín del mundo civilizado, lo hizo una vez más, borró de su mente el sufrimiento de la mujer que estaba en la cama y lo reemplazó por un mapa de órganos, posiciones, presiones, desplazamientos.

—Veamos... —Casi sin darse cuenta, Adelia apartó al bebé de su pecho izquierdo, ya vacío, y lo pasó al otro, mientras seguía meditando acerca de la presión sobre el cerebro y el cordón umbilical, las causas y la manera en que se producía la asfixia, la pérdida de sangre, la putrefacción—. Hmm...

—Señora, está saliendo algo —alertó la hija de la parturienta, mientras guiaba las manos de su madre hacia la brida amarrada a la cabecera de la cama.

Adelia dejó a su hija en la cesta, se cubrió y fue hacia la cama. En efecto, algo estaba saliendo del cuerpo de la madre, pero no era la cabeza de un bebé, eran sus nalgas.

Maldición. Un parto de nalgas. Lo había sospechado, pero habían pedido su intervención cuando el alumbramiento ya estaba en marcha. Demasiado tarde para introducir la mano y girar el feto, aun cuando hubiera sabido y se hubiera atrevido a hacerlo.

—¿No vas a sacarlo? —preguntó, aungustiaada, la hija.

—No, todavía no. —Adelia comprendía el daño irreparable que causaría si tiraba del bebé en ese momento, y se dirigió a la madre—. Ahora, empuja, aunque creas que no puedes, aunque no quieras, hazlo.

La señora Reed asintió, puso una parte de la brida en su boca, clavó los dientes en ella y comenzó a empujar. Adelia hizo un gesto pidiendo a la hija que arrastrara el cuerpo de la mujer hacia abajo, para que sus glúteos quedaran por debajo del nivel de la cama y la gravedad hiciera su parte.

—Mantén las piernas firmes. Sujétalas por los tobillos, detrás de mí, eso es. —Tomó aire, y dirigiéndose a la madre, dijo—: Muy bien, señora, a seguir empujando.

Adelia, entretanto, estaba de rodillas, una buena posición para parir y para rezar.

«Dios, ayúdanos».

Adelia esperó que apareciera el ombligo con su cordón y lo tocó suavemente: el pulso era vigoroso. Bien.

Era el momento.

Moviéndose con rapidez, pero con cuidado, introdujo su mano en la cavidad y, doblando las diminutas rodillas, soltó una pierna y luego la otra.

—Empuja, sigue empujando.

Oh, qué hermoso, deslizándose por sí mismo, sin necesidad de tirar, se vieron dos brazos y un torso, hasta la nuca. Mientras sostenía el cuerpo con una mano, Adelia apoyó la otra en la espalda y sintió un temblor. Estaba vivo. Era un momento crucial, solo faltaban unos minutos para que se asfixiara.

«Dios, dondequiera que estés, acompáñanos ahora».

No lo hizo. La señora Reed ya no tenía fuerzas y la cabeza del bebé aún estaba dentro.

—¡Dame esa caja, esa caja! —gritó Adelia. En segundos, extrajo su cuchillo de disección, que siempre tenía pre-

parado y limpio —. Ahora aprieta — dijo, colocando la mano de la hija en el pubis de la señora Reed —, aprieta. — Sin dejar de sostener el pequeño torso, hizo un corte en el perineo de la madre. Se produjo un deslizamiento. Como aún tenía el cuchillo entre sus dedos, Adelia tuvo que atajar al bebé en el hueco que formaba su brazo a la altura del codo.

La hija gritó:

— ¡Ya salió, papá!

El señor Reed apareció al instante en lo alto de la escalera, trayendo consigo olor a estiércol de vaca.

— ¡Por Dios! ¿Qué es?

— Es un bebé — dijo Adelia, atontada después de tanta tensión.

Feo, ensangrentado, untuoso, parecido a una rana, con los pies apuntando a la cabeza, como los tenía en el útero, pero sano. Y, al palmearle las nalgas, expresó sonoramente sus objeciones ante la vida en general y su nacimiento en particular. Para Adelia era la imagen y el sonido más hermosos que el mundo era capaz de producir.

— Eso me imaginaba — dijo el padre —, pero ¿qué es?

— ¡Oh! — Adelia dejó el cuchillo y dio la vuelta a la milagrosa criatura: sin duda, era un varón. Y recuperando la compostura, agregó —: Creo que el escroto está hinchado a causa de alguna contusión, pero mejorará.

— Y si no mejora, se hará famoso — opinó, bromeando aliviado, el señor Reed.

El cordón fue cortado. La señora Reed fue suturada y acicalada para recibir a las visitas. El bebé fue envuelto en una manta y depositado en brazos de su madre.

—Señora, ¿tiene un nombre por el que podamos llamarla? —preguntó el esposo.

—Vesuvia Adelia Rachel Ortese Aguilar —dijo Adelia con tono recatado, casi de disculpa.

Se hizo el silencio.

—¿Y él? —agregó el señor Reed señalando la alta figura de Mansur, que había llegado con los hermanos del recién nacido para ver el milagro.

—Mansur bin Fayîi bin Nasab Al Masaari Khayoum de Al Amarah.

Más silencio.

Mansur —a quien su relación con Gyltha le permitía comprender el inglés, aunque tenía escasas posibilidades de hablarlo— dijo en árabe:

—El prior está llegando. Vi su barca. El niño podría llamarse Geoffrey.

—¿El prior Geoffrey está aquí?

Adelia bajó la escalera en un instante y fue corriendo a la minúscula plataforma que hacía las veces de muelle. Todas las casas del pantano tenían acceso a alguno de los innumerables ríos de la zona y los niños aprendían a manejar botes livianos en cuanto comenzaban a caminar.

Quien salía torpemente de su barca con la ayuda de un remero de librea era una de las personas preferidas de Adelia.

—¿Cómo estáis? —preguntó, y le dio un abrazo—. ¿Para qué habéis venido? ¿Cómo está Ulf?

—Díscolo, pero inteligente. Está progresando.

El nieto de Gyltha, y por lo tanto —según se decía— también del prior, había sido conminado a estudiar seriamente en la escuela del priorato, y no obtendría autorización para salir hasta la siembra de primavera.

—Me alegra mucho veros.

—También a mí. En Waterbeach me dijeron que habíais salido. Tal parece que la montaña debe ir hacia Mahoma.

—Aún se os ve demasiado montañoso —dijo Adelia, retrocediendo para observarlo. El prior de la gran orden de San Agustín de Cambridge había sido su primer paciente y, en consecuencia, su primer amigo en Inglaterra. Le preocupaba su salud—. No habéis cumplido con mi dieta.

—*Dum vivimus, vivamus* —respondió el prior—. Mientras vivimos, vivamos. Me adhiero a los epicúreos.

—¿Sabéis cuán alta era la mortalidad entre los epicúreos?

Adelia y el prior hablaban rápidamente en latín, era natural en ellos. Los hombres que iban a bordo de la barca del prior se preguntaron por qué su amo les ocultaba lo que decía a una mujer y —lo que era aún más sorprendente— cómo era posible que una mujer lo comprendiera.

—De todos modos sois bienvenido —afirmó Adelia—. Llegáis justo a tiempo para bautizar al primer bebé que he ayudado a nacer. Es un niño saludable, glorioso. Sus padres se alegrarán.

Adelia no se adhería al principio cristiano de bautizar a los bebés, así como no se adhería —por considerarlos

bárbaros — a ninguno de los principios de las tres religiones principales. No deseaba relacionarse con un dios que no autorizaría a un bebé a ascender al Reino de los Cielos si antes no había sido rociado con agua, y con determinadas palabras. No obstante, los padres del niño juzgaban que esa ceremonia era fundamental, al menos para garantizar una cristiana sepultura en el caso de que sucediera lo peor. El señor Reed estaba a punto de mandar a buscar al modesto sacerdote que servía en la zona.

La familia Reed observó en silencio mientras los dedos enjorados humedecían la frente del niño y una voz tan aterciopelada como la vestimenta de su dueño le daba la bienvenida a la fe, prometiéndole vida eterna y declarándolo «Geoffrey, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén».

—La gente del pantano nunca dice «Gracias» —se disculpó Adelia mientras, cargando a su propia hija, subía a la barca del prior. El perro, al que llamaban Guardián, trepó junto a ellos, de modo que solo Mansur los siguió en su bote de remos—. Pero tampoco olvidan. Están agradecidos, pero sorprendidos. Sois demasiado para ellos, se sienten como si el arcángel Gabriel hubiera bajado hasta aquí en un haz de luz dorada.

—Me temo que *non angeli, sed angli* —dijo el prior Geoffrey. Pero era tal su afecto por Adelia que él, un hombre que había vivido en Cambridgeshire durante treinta años, aceptó complaciente que esa mujer oriunda del sur de Italia lo instruyera acerca de los usos y costumbres de los pantanos.

«Hela aquí, vestida como un espantapájaros, acompañada por un perro que me obligará a fumigar el lugar donde se ha sentado. La mente más brillante de su generación abraza a su hija bastarda porque se siente feliz de haber traído al mundo a un niño en una choza», pensó.

No fue la primera vez que el prior se preguntó quiénes habrían sido sus progenitores, algo que la propia Adelia ignoraba tanto como él. Había sido criada por una pareja de salernitanos —un judío y su esposa cristiana— que la había encontrado abandonada entre las rocas del Vesuvio. Su cabello era del color castaño claro que suele verse entre los griegos o los florentinos. Aunque nadie podía saberlo en aquel momento, oculto como estaba debajo de un sombrero indescrptible.

«Aún es el ser extraño que era cuando nos conocimos en el camino a Cambridge. Yo regresaba de la peregrinación a Canterbury. Ella viajaba en un carro, en compañía de un árabe y un judío. Supuse que era una prostituta, no reconocí la virginidad de una erudita. Sin embargo, cuando comencé a dar alaridos de dolor —Dios, cuánto grité y cuán grande fue mi dolor—, a pesar de que me hallaba rodeado de cristianos, solo ella fue mi samaritana. Aquel día, cuando me salvó la vida, me redujo, a mí, a la condición de un adolescente titubeante, manipulando mis partes más íntimas como si fueran meras vísceras para cocinar. Y pese a todo, la encuentro bella», reflexionó el prior Geoffrey.

En aquel momento ella había sido convocada —a causa de su trabajo con los muertos de Salerno— para formar

parte del grupo secreto que lideraba un investigador judío, Simón de Nápoles, con el fin de descubrir quién estaba matando a los niños de Cambridge, un asunto que molestaba verdaderamente al rey de Inglaterra porque estaba a punto de provocar una revuelta y, en consecuencia, una disminución en la recaudación de impuestos.

No obstante, dado que no se encontraban en la libre-pensadora Salerno, sino en Inglaterra, fue necesario que, durante la investigación, Mansur, el sirviente de Adelia, fingiera ser médico y ella simulara ser su asistente. El pobre y buen Simón —aunque se trataba de un judío, el prior lo recordaba en sus oraciones— había sido asesinado mientras buscaba al culpable y la propia Adelia había estado a punto de perder la vida. Pero el caso había sido resuelto, se había hecho justicia y los impuestos habían regresado a las arcas del rey.

De hecho, el conocimiento de Adelia en materia forense había sido tan valioso que el rey Enrique —previendo que podría necesitarla otra vez— se había negado a permitirle que regresara a Italia. Una ingratitud mezquina y avara, típica de los reyes, pensó el prior Geoffrey, aun cuando se regocijaba porque había sido la causa de que aquella mujer se convirtiera en su vecina.

¿Cómo se sentía Adelia? No se sentía recompensada por su exilio. El rey nada había hecho —en realidad, no se hallaba en el país— cuando los médicos de Cambridge, celosos de la exitosa intrusa, la habían obligado a salir de la ciudad, junto a Mansur, hacia los inhóspitos pantanos.

Hombres y mujeres enfermos y doloridos los habían seguido esperanzados hasta allí, y aún lo hacían. No les preocupaba que el tratamiento estuviera en manos de extranjeros infieles, lo único importante era sentirse bien.

«Señor, temo por ella —rezaba en silencio el prior Geoffrey—. Sus enemigos la condenarán por sus conocimientos, utilizarán a su hija ilegítima como prueba de que es inmoral, la llevarán ante el tribunal del archidiácono para que la declaren pecadora. ¿Y qué puedo hacer? —El prior Geoffrey se lamentaba de su propia culpa—. ¿Qué clase de amigo he sido para ella o para el árabe o para Gyltha?».

Antes de haber estado al borde de la muerte, el prior había seguido las enseñanzas de la Iglesia: el cuerpo no era importante, solo el alma. ¿El dolor físico? Es decisión de Dios, debemos aceptarlo. ¿Investigación? ¿Diseción? ¿Experimentos? *Sic vos ardebitis in Gehenna*: arderéis en el infierno.

Pero Adelia tenía la ética de Salerno, según la cual las mentes de los árabes, los judíos e incluso los cristianos se negaban a establecer barreras en su búsqueda de conocimiento. Ella lo había sermoneado: «¿Es posible que Dios tenga la intención de observar cómo se ahoga un hombre cuando bastaría con que alguien tendiera su mano para salvarlo? Vos os estabais ahogando en vuestra propia orina. ¿Debía cruzarme de brazos en lugar de aliviar la vejiga? No. Yo sabía cómo hacerlo y lo hice. Y lo sabía porque había estudiado esa molesta glándula en hombres que habían muerto a causa de ella».

Por entonces Adelia era una criaturita extrañamente mojigata, desprovista de sofisticación, curiosamente parecida a una monja, excepto por su honestidad casi salvaje, su inteligencia y su odio por la superstición. Al menos había obtenido algo de su estancia en Inglaterra: más feminidad, más suavidad y, por supuesto, el bebé, resultado de un romance tan apasionado e inconveniente como el de Eloísa y Abelardo.

El prior Geoffrey suspiró y esperó que Adelia le preguntara por qué, siendo como era un hombre importante y ocupado, había navegado hasta allí para encontrarla.

La llegada del viento había privado a los pantanos de follaje, lo cual permitía que el sol llegara al río y las ramas desnudas de los sauces y alisos que bordeaban la ribera reflejaran sus contornos irregulares en el agua. Adelia, locuaz a causa del alivio y el triunfo, señalaba los pájaros que volaban sobre ellos —desde la proa de la barca hacia el imperturbable bebé que tenía en el regazo—, repetía sus nombres en inglés, en latín y en francés, y llamaba a Mansur a través del río cuando olvidaba la palabra en árabe.

«¿Qué edad tiene ahora mi ahijada? ¿Ocho, nueve meses?», se preguntó, divertido, el prior.

—Es un poco joven para convertirse en políglota —dijo.

—Cuanto antes, mejor —replicó Adelia. Por fin decidió hablar con seriedad—. ¿Adónde nos dirigimos? Supongo que no habéis llegado hasta aquí previendo la posibilidad de bautizar a un bebé.

—Fue un privilegio, médica —dijo el prior Geoffrey—. Fui guiado hasta un bendito establo en Belén. Pe-

ro no, no he venido para eso. Este mensajero —explicó haciendo señas en dirección a una figura que, encapotada e inmóvil, permanecía de pie en la proa— llegó al priorato con una citación para vos, y dado que sería difícil para él encontraros en estas aguas, me ofrecí a traerlo.

En realidad el prior sabía que debía estar cerca cuando la citación fuera entregada: ella no estaría dispuesta a obedecer.

—Maldito cabrón —dijo Adelia en la más pura lengua de East Anglia. Su vocabulario inglés, al igual que el de Mansur, se había enriquecido gracias a Gyltha—. ¿De qué se trata?

El mensajero era un joven enjuto, y la mirada de Adelia casi lo hizo retroceder. Miró boquiabierto al prior pidiendo confirmación.

—¿Esta es lady Adelia, señoría?

Aquel nombre indicaba alcurnia. Había esperado encontrar dignidad, belleza, incluso rumor de faldas sobre un piso de mármol, no aquel ser carente de elegancia, con un perro y un bebé.

El prior Geoffrey sonrió.

—Lady Adelia, en efecto.

—Oh, bien. —El joven hizo una reverencia y echó su capa hacia atrás dejando ver el bordado que adornaba las mangas de su tabardo: dos ciervos rampantes y una cruz dorada en forma de equis. Desplegó un pergamino.

—De mi reverendísimo señor, el obispo de Saint Albans.

Adelia no lo escuchó. La dramatización la había petrificado.

—¿Qué desea? —preguntó con un tono gélido, desacostumbrado para el mensajero que en consecuencia miró al prior pidiendo ayuda.

El religioso intervino. Él había recibido un bando similar. En latín, dijo:

—Adelia, tal parece que nuestro señor obispo necesita de vuestro conocimiento. Os convoca a Cambridge por un intento de asesinato en Oxfordshire. Entiendo que es algo importante, con implicaciones políticas.

El mensajero siguió leyendo su bando en voz alta. Adelia siguió sin escucharlo; apeló a su amigo.

—No iré, Geoffrey. No quiero ir.

—Lo sé, querida, pero he aquí el motivo por el cual he venido. Me temo que debéis ir.

—No quiero verlo. Soy feliz aquí. Gyltha, Mansur, Ulf y ella... —La médica acunó a la niña ante él—. Me gustan los pantanos, me gusta su gente. No me obliguéis a ir.

Aunque el ruego lo conmovió, el prior endureció su corazón.

—Mi querida amiga, no tengo opción. Nuestro señor obispo dice que es un asunto de interés del rey. ¡El rey! Por lo tanto, tampoco vos tenéis opción. Sois el arma secreta del rey.